

08 – Crecimiento I – El Llamado a ser Comunidad Familia

Dios nos llama a vivir la fe en Comunidad Familia (Ver Hch 2,37-47)

Los seres humanos no hemos sido hechos para vivir en soledad, sino que por el contrario, Dios nos ha creado a su imagen y semejanza para vivir en familia, en comunidad. Así lo revelan constantemente las escrituras, dándonos a conocer que esta es la voluntad de Dios.

En la descripción que hace Lucas en los hechos los apóstoles, podemos ver que el resultado de la predicación apostólica es la adición de nuevos miembros a la comunidad cristiana. Allí crecerán en la fe, alimentados con la enseñanza de los apóstoles, la comunión fraterna, la fracción del pan, y las oraciones en común.

Del mismo modo que es imposible que un niño, nazca, crezca y se desarrolle completamente hasta ser un adulto que se valga por sí mismo; no puede un cristiano nacer, crecer y alcanzar la madurez de la fe, sin su participación constante en la comunidad de los creyentes.

En la Comunidad Familia aprendemos a amar (Ver Hch 2,37-47)

Las personas aprendemos a amar, habiendo sido primeramente amados por otros. Como dice san Juan (1 Juan 4,19): "nosotros amamos porque Él nos amó primero", es decir, no podemos amar si primeramente no hemos recibido amor.

Muchos de nosotros, no hemos recibido en nuestras familias ese amor que viene de Dios. Por lo tanto, debemos aprender a amar, dejándonos amar. Tenemos muchas resistencias, muchos temores, muchas durezas, que nos hacen cerrarnos en nosotros mismos como si fuéramos tortugas, nos metemos en nuestro propio caparazón y nos hacemos impermeables al amor.

Aprender a perdonar, a compartir, a estar atento a la necesidad del otro, a obedecer, a mirar con los ojos de Dios la fragilidad del hermano, a tener paciencia, a soportarnos mutuamente, ayudándonos en el camino de la vida a llevar las cruces y a celebrar las victorias es imposible en soledad, solo puede hacerse en comunidad.

Vivir en familia no es fácil, y hacerlo en comunidad tampoco lo es; pero es el único camino que Dios nos dejó, para vivir la fe de un modo maravilloso y así poder entrar en la gran familia celestial donde amaremos y seremos amados por toda la eternidad.

En la Comunidad Familia encuentro la felicidad de ser útil para Dios (Ver 1 Cor 12,12-30)

Hoy en día sabemos por la psicología, que la felicidad del ser humano depende en gran medida del hecho de sentirse útil, necesario y valioso para los demás. Este hecho estaba afirmado muchos siglos antes de que la psicología existiera en la palabra de Dios, como dice en Hch 20,35: "hay más alegría en dar que en recibir".

Cuando los creyentes somos llamados por Dios a servirle, descubrimos que tenemos capacidades y talentos que Dios nos ha regalado para el bien de toda la comunidad. Poner al servicio de los demás estos dones, nos hace plenos y felices, en medio de las dificultades y las contradicciones. Pues así como en un cuerpo todos los miembros son útiles y necesarios, del mismo modo cada uno de los creyentes cumple un rol, una función dada por Dios para bien de todos lo demás.

La felicidad plena solo se alcanza en la fidelidad (Ver 1 Cor 12,4-11)

El amor según el diseño de Dios, nos lleva a ser fieles al llamado que Dios nos ha hecho, en una porción concreta de su iglesia. Del mismo modo que un hombre y una mujer se unen en matrimonio para amarse y expandir ese amor en los hijos, y se prometen fidelidad en la salud y enfermedad, en la prosperidad y en la adversidad, amándose y respetándose mutuamente, los creyentes son llamados a ser fieles a Dios en una comunidad concreta, para dar fruto abundantes, en donde tienen el derecho y el deber de amar y ser amados.

La comunidad cristiana, no está exenta de problemas, de incomprendiciones y de pecados. Así Como toda familia debe afrontar sus dificultades, en las relaciones mutuas entre sus miembros. Todos estamos llamados a la santidad, es decir a la perfección en el amor, pero sabemos que todavía no la hemos alcanzado, por lo tanto si Dios es paciente con nosotros, debemos de igual modo, ser pacientes con los demás.

Lectura para la semana ;Qué comunidad queremos?

Una comunidad evangelizadora

La evangelización no fue un accidente ni un elemento complementario en la experiencia de la iglesia primitiva. Por el contrario, Hechos nos ilustra que la evangelización fue tan natural a la vida y ministerio de la iglesia como lo es la respiración para los seres vivos. Por eso, “cada día el Señor añadía al grupo los que iban a salvarse” (Hch. 2,47b, ver v. 41).

En este proceso, la cantidad es importante. Hay una corriente de opinión que descalifica el crecimiento en cantidad a favor de la profundización o el mejoramiento en la calidad. El carácter escatológico de la iglesia debe impulsarla a entender que, por estar en los últimos tiempos, su esfuerzo más grande debe estar concentrado en que el mayor número posible de personas conozcan a Cristo como Señor. La meta de nuestro trabajo es que toda lengua confiese a Jesucristo como Señor (Fil. 2,10-11). Esto significa una pesca de almas abundante.

El Señor nos llamó a ser pescadores de hombres, pero para que haya una gran pesca de almas es necesario bogar mar adentro. En la orilla se encuentran pocos peces y son pequeños: los grandes cardúmenes y los peces más grandes están mar adentro. Mar adentro significa meternos en el corazón del mundo y la sociedad con el evangelio de Jesucristo.

Una comunidad abierta

Así era la iglesia primitiva (Hch. 2:46). Se dice de aquellos primeros cristianos que “De casa en casa partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad.” Si la iglesia desea ser una comunidad abierta, entonces no estará encerrada en el templo. La iglesia primitiva se reunía cada día, pero no adentro del santuario en Jerusalén, sino en el atrio exterior del templo, en la calle, donde estaba el mayor número de personas. Una iglesia que quiere cumplir con éxito con la misión debe ser una iglesia en la calle, como era la iglesia primitiva. Su lugar de misión estará puertas afuera del templo, donde están las personas con sus necesidades. Este es el cuadro que vemos en relación con el propio ministerio de Jesús (Mr. 6,55-56). El cuadro en Hechos es similar (Hch. 5,15-16).

La iglesia primitiva no se quedaba participando de los rituales en el templo, sino que “de casa en casa partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad” (Hch. 2:46). No debemos esperar más a que la gente venga a nuestras reuniones, sino que debemos estar predicando el evangelio allí donde está la gente. Por eso, debemos considerar a la iglesia como un ejército conquistador que anuncia las buenas nuevas de redención, “alabando a Dios y disfrutando de la estimación general del pueblo” (Hch. 2,47).

Una comunidad apostólica

¿Qué es una comunidad apostólica? Una comunidad apostólica es la que persevera en la enseñanza de los apóstoles (Hch. 2,42). Una comunidad apostólica es la que actúa con el poder apostólico: “todos estaban asombrados por los muchos prodigios y señales que realizaban los apóstoles” (Hch. 2,43).

¿Cómo ser una comunidad apostólica? Para ser una comunidad apostólica la iglesia debe ser una comunidad relacional, que coloque en primer lugar la comunión unos con otros por encima de cualquier barrera divisoria. La iglesia de Jerusalén era apostólica no sólo porque “por medio de los apóstoles ocurrían muchas señales y prodigios entre el pueblo,” sino también porque “todos los creyentes se reunían de común acuerdo” (Hch. 5,12). Para ser una comunidad apostólica debemos ser una comunidad vibrante, llenos de entusiasmo y pasión por lo que Dios hace en medio nuestro. Una comunidad así es como la incipiente iglesia en Antioquía de Pisidia, quienes al oír el evangelio “se alegraron y celebraron la palabra del Señor; y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna” (Hch. 13,48).

Además, para ser una comunidad apostólica debemos ser una comunidad respetuosa, sujetos unos a otros en el temor del Señor. De la iglesia primitiva se nos cuenta que “la iglesia disfrutaba de paz a la vez que se consolidaba en toda Judea, Galilea y Samaria, pues vivía en el temor del Señor (Hch. 9,31).

Para ser una comunidad apostólica debemos ser una comunidad sacrificada, más dispuestos a dar que a recibir. Esta característica es una de las más notables de la primera comunidad de fe cristiana (Hch. 4,32-35). Junto con esto, para ser una comunidad apostólica debemos ser una comunidad auténtica, que celebra la presencia y el poder del Señor (Hch. 2,47). De igual modo, para ser una comunidad apostólica debemos ser una comunidad atractiva, que integre a las personas a un nuevo modelo de sociedad. Para ser una comunidad apostólica debemos ser una comunidad ungida, llena del Espíritu Santo, como fueron los primeros cristianos (Hch. 2,4; 4,31). Para ser una comunidad apostólica debemos ser una comunidad valiente, que anuncie con valor el evangelio (Hch. 4,13, 29-31).

Taller:

Habiendo leído y meditado esta enseñanza y la lectura para la semana:

¿Te sientes integrado (parte) a la comunidad?

Si te sientes integrado (parte) a la comunidad - ¿Qué te ayudo a integrarte?

Si no te sientes integrado (parte) a la comunidad - ¿Qué podemos hacer para ayudarte a que te integres?

¿Alguna vez has invitado a otras personas a la comunidad?

Si has invitado a alguien ¿cómo fue la experiencia?

Si nunca has invitado a alguien ¿Por qué? Eres vergonzoso o no estás seguro que se sienta a gusto o por otros motivos

¿Crees que podrías aportar tus dones en la comunidad?

Si crees que sí, que podrías aportar concretamente y cuánto tiempo te parece que podrías donar al Señor semanalmente

Si crees que no, ¿Por qué?

Que crees que podríamos hacer como comunidad para mejorar entre todos